

pago. Los ojos pardos habían dicho á los ojos negros de Guillermo: «Que el año que empieza sea para nosotros un año de felicidad»; los ojos negros habían comprendido á los ojos pardos y les habían contestado: «¡Gracias!»

El alegre tumulto duró varios minutos, y con él el rumor de las conversaciones, el chocar de los vasos, las idas y venidas de los criados cargados con botellas de casco dorado; luego, de repente, pareció que una mano invisible había venido á interrumpir el desorden, á dispersar los grupos que el azar había formado, á hacer adelantar á éste, retroceder á aquel, ejecutar cambios de sitio evidentemente regidos por leyes fijas, y formar, en fin, un largo cortejo, que se dirigió en un orden seguro hacia el comedor. Esta mano invisible era la de la sacrosanta etiqueta: esta ley, que había restablecido el orden con una rapidez extraordinaria é indicado imperiosamente á cada uno su sitio, era la ley de las preeminencias. Aquel pequeño espectáculo era completamente nuevo para Pablo y Guillermo, poco habituados á las costumbres de los salones: una sonrisa cruzó por los labios de Guillermo; el rostro de Pablo tomó una expresión de respeto: todo lo que veía le impresionaba ostensiblemente; estaba maravillado.

Pero una vez en la mesa, toda etiqueta desapareció. El perfume de las flores, dispuestas en ricos centros de plata colocados encima de las consolas, rivalizaba con los perfumes más indiscretos de las damas y no lograba vencerlos; al resplandor de las bujías brillaban los cristales, las piedras preciosas y los ojos de las mujeres; los criados se apresuraban á llenar las copas: el caballeresco vino del Rhin, el noble Borgoña, el elegante Burdeos y el alegre Champagne, cuyas personificaciones, pinta-

das en las paredes, miraban con aire de triunfo á los convidados, transportaron rápidamente los espíritus, del dominio de la realidad tranquila á las regiones de los sueños dorados. La comida duró largo rato; luego las filas de la concurrencia se aclararon: los invitados ya entrados en años, que antes de media noche habían conversado, fumado y jugado, se marcharon, excepto aquellos que acompañaban á sus hijas. Los jóvenes volvieron al salón de baile; los músicos, á los que se había distribuido también su parte de Champagne, la emprendieron á tocar de nuevo con un brío endiablado; comenzaron un largo cotillón, y el teniente de húsares de la Guardia, que le dirigía, se mostraba tan orgulloso de sus figuras originales, como lo hubiera estado por una larga serie de victorias. Loulou, que parecía muy alborozada con la excitación del baile, había suplicado en vano á Guillermo que tomara parte en el cotillón, diciéndole que apenas si tendría que bailar, que sería el caballero más agasajado de la sociedad, que recibiría más lazos, ramilletes y distintivos que todos los tenientes de la Guardia juntos. Ni siquiera la idea de tamaño triunfo logró excitar su ambición, y por la primera vez en aquella noche, la joven apartó de él su rostro descontento; por su parte, él la dirigió una mirada que no encerraba sólo una expresión de pesar, sino también un ligero reproche. Pablo, por el contrario, estaba radiante; se ocupaba más asiduamente que nunca de la linda, pero insignificante joven, con la cual había bailado tantas veces antes de la cena, y su alma bondadosa, inaccesible á los celos, no se sintió molestada oyendo á su pareja hablar únicamente, durante largas pausas del cotillón, de su amigo, que persistía en permanecer solo en un rincón y en no querer divertirse. Pablo

fué suficientemente agasajado; recibió un suficiente número de miradas benévolas, que lindas jóvenes le dirigieron; halló manera de colocar un suficiente número de galanterías, grandes y pequeñas, de que recibió las gracias con gentiles sonrisas y aún con algunos suspirillos. Le parecía vivir de un modo más completo, y hubiera permanecido allí mucho tiempo todavía sin pensar en marcharse; desgraciadamente, los padres dieron hacia las cuatro de la mañana la señal de la partida y el elemento joven tuvo, con sentimiento, que seguir el ejemplo.

Cuando Guillermo se despidió de ella, Loulou no le guardaba rencor; á su lado se encontraba el héroe del cotillón, el teniente de húsares, cubierto por completo con las condecoraciones que le habían entregado las damas; pero esto no le impidió decir con ternura á Guillermo: «Hasta pronto, ¿no es verdad?», y éste apretó calurosamente su manecita ardorosa; en el recibimiento, Guillermo y Pablo tuvieron que pagar á los lacayos la «capitación», impuesto que, desconocido en Francia y en Inglaterra, deshonor la hospitalidad alemana; un instante después se encontraron en medio de la noche estrellada. Un viento helado soplaba del Thiergarten, cuya obscuridad alumbraban débilmente los vagos reflejos blancos de los árboles y del césped, cubiertos de nieve. Guillermo se arrojó, castañeteando de frío, en su abrigo bien forrado; Pablo, por su parte, no parecía sentir el frío; conservaba todavía el calor de las emociones del baile; aires de danza resonaban todavía en sus oídos; hubiera querido continuar bailando sobre la nieve que cubría la acera. Ante sus ojos brillaban todavía las luces fulgurantes y los espejos del salón de baile; las formas adorables de las parejas flotaban ante sus ojos como apariciones seductoras

de la soledad, con tal viveza, que animaban la calle de Königretz, por cierto bastante mal alumbrada. Pasó una vez más en revista toda la *soirée*, y exhaló en estas palabras lo que desbordaba de su corazón:

—Guillermo, nunca olvidaré esta noche de fin de año.

Guillermo miróle con aire de extrañeza y ligeramente asombrado.

—No te comprendo. ¿Cómo el espectáculo de todas esas vanidades puede excitar en un sér inteligente otra cosa que no sea la piedad?

—No me hiere la dureza de tu juicio, porque si tú no me comprendes, yo á tí te comprendo perfectamente; sabes que no soy un hombre frívolo, y que he aprendido pronto á tomar en serio la vida; pero precisamente por eso me halaga haberme introducido en la sociedad más rica y mejor de Berlín. La ocasión se me ha ofrecido; yo me encargo de aprovecharla.

—Pablo, me das pena; hablas como un intrigante.

—¡Intrigante! ¿A quién llamas tú intrigante? ¿Es á un hombre que no quiere poner el arado antes que la yunta? En ese caso, yo lo soy; pero eso me parece muy honrado. Quiero elevarme por un trabajo concienzudo y no con charlatanerías. ¿De qué me sirve tener capacidad si nadie lo advierte? Al tratar de que los demás vean que yo sirvo para algo, no hago nada malo, me parece.

—Te hubiera creído más altivo.

—Mi querido Guillermo, no me hables de altivez; eso se queda para tí; si mi padre me hubiese dejado una casa de alquiler en la calle Koch, me burlaría de todo y obraría según mi antojo. Y recíprocamente, si tú fueras el hijo de un colono de

los bordes del Hard, padre de nueve hijos, intentarías igualmente captarte el apoyo y la benevolencia de gentes influyentes, lo que te sería también más fácil que á mí—añadió al cabo de un instante, dándole un golpecito amistoso en el hombro.

—No debieras echarme en cara la casa de mi padre. Ya ves cómo vivo...

Pablo quiso interrumpirle.

—Déjame acabar: un hombre de tu valía puede hoy dispensarse el lujo de la independencia y de la dignidad, hasta cuando es uno de los nueve hijos de un pobre colono: cuando se tienen pocas necesidades, se es tan rico como si se tuviera mucho dinero.

—Sí, conozco tu filosofía de la renunciación; es cuestión de temperamento. No soy de aquellos que gustan apretarse la barriga delante de un plato lleno; hay en el mundo una porción de cosas buenas, y quiero disfrutar de ellas. ¿Por qué no?

—¿Según eso, quieres hacer tu carrera bailando?

—¡Toma! y ¿por qué no? El baile es un medio moral para llegar á un fin moral; tiene su función en la economía social. ¿Cómo podría de otro modo un joven de buenas condiciones, pero pobre, trabajar conocimiento con una muchacha rica? Supongo que no había de ser por conducto de los periódicos.

—¿En eso pensabas, pues, durante toda esa fiesta tan poética?

—Naturalmente. Tú ya has encontrado lo que te conviene; no me tengas en menos si procuro seguir tu ejemplo.

Guillermo sintió la sangre agolpársele al rostro: las opiniones mezquinas de su amigo le hacían daño.

—¡Pablo! ¡Tú á caza de una dote!

—Dí cuanto quieras. Tú has tropezado con la felicidad sin que hayas tenido que menear el dedo meñique; los demás tenemos que afanarnos. ¡A caza de dotes! La palabreja la han inventado señoritas histéricas, á las cuales estúpidas novelas han trastornado el seso; esas locuelas quieren, en su vanidad infantil, que se casen con ellas únicamente por su linda carita. Tendría curiosidad en preguntar á una de esas sensitivas si querría casarse con un hombre no más que por su bonita cara. ¡Déjame en paz con tales disparates! Un muchacho pobre, suponiendo que tenga alguna valía, debe buscar un matrimonio con una joven que tenga fortuna; nada tiene que echarse en cara, pues que da tanto como recibe. ¿Qué se quiere en este mundo? La felicidad; ese es mi objetivo, absolutamente lo mismo que el de la doncella rica; ella tiene dinero, pero para ser feliz le falta el amor; yo tengo el amor, pero para ser feliz me falta la fortuna: hacemos un sencillo cambio; es la más agradable manera de completar dos cosas incompletas.

—Todavía eres generoso ofreciéndole amor á la doncella rica; pero es preciso que el amor vaya bien dirigido, que tenga una boleta de alojamiento bien determinada y que no pueda nunca extrañarse hacia una muchacha pobre.

—¡Ah, bah! El amor de un individuo inteligente tiene siempre su dirección marcada. ¿Te enamorarías de la hija del rey? Probablemente, no. Pues, bien; según eso, puedes impedir que tu amor se dirija á una princesa. ¿Por qué no impediré yo lo mismo que el mío se extravíe y se dirija á una muchacha pobre?

—El ideal consistiría precisamente en eso: en que el rango de la princesa dejara de ser obstácu-

lo al amor, lo mismo que la pobreza de la obrera. — El ideal no es de este mundo. Te lo juro, Guillermo: si fuera rico ó únicamente independiente como tú, no miraría á la dote; pero yo soy un pobre diablo. Si tuviera la desgracia de enamorarme de una joven sin dote, me apresuraría á ahogar ese sentimiento, porque me diría: «Vale más padecer durante algún tiempo de una poética enfermedad de amor, que condenarnos, mi adorada y yo, á la miseria de por vida; miseria agravada probablemente por el nacimiento de hijos, cuya prosa nauseabunda acabaría por ahogar irremisiblemente el amor».

Mientras Pablo razonaba así, animándose por grados, pensaba continuamente en la señorita Malvina Mørker, la linda, pero insignificante señorita con la cual había bailado tanto, y su mano acariciaba los lazos y las condecoraciones que le había dado y que reposaban sobre su corazón. No notaba que el rostro de Guillermo se había contraído, y sospechaba todavía menos que acababa de remover la llaga en una de las heridas abiertas de su amigo. Habían llegado á la puerta de Brandeburgo y atravesaban la plaza de París; bajo los Tilos se encontraron con una vida ruidosa. La calle estaba llena de grupos alegres, que cantaban y alborotaban, que, alternativamente amables y pendencieros, tan pronto se empujaban groseramente, como se deseaban feliz y buen año nuevo; que en un sitio echaban á rodar el sombrero de un burgués regañón, bailaban más lejos una ronda frenética en torno de un infeliz borracho y lanzaban vivas en su honor. Otros, imitando á la guardia en el relevo, presentaban los bastones y dirigían á los serenos largos discursos ampulosos; en una palabra, toda aquella gente se entregaba á

bromas de dudoso gusto. Todo aquel rumor del populacho ebrio sucediendo á la tranquilidad de la calle de Königretz, sorprendía desagradablemente, y nuestros amigos se apresuraron á entrar en la calle de Schadow, para ponerse á salvo de todo aquel tumulto.

Se despidieron al llegar á la puerta de Guillermo. Pablo volvió á desandar lo andado, y tarareando unos aires de Offenbach, subió la calle Friedrich en la cual vivía no lejos del Weidenhain. Guillermo estaba muy cansado, pero demasiado nervioso para poder dormir: revivió en el pensamiento los últimos meses y se sumió en reflexiones dolorosas acerca de sus relaciones con Loulou. Cuando abandonó ésta Hornberg, tardó ocho días en escribirle, y le dirigió luego desde Ostende una carta en la cual le llamaba de usted, y se excusaba de esto alegando que le sería seguramente penoso ser tuteado y no poder hacer lo mismo, lo cual era, con efecto, imposible, porque su madre, y quizá también su padre, habían de leer las cartas que la enviase y era inadmisibile que la tuteara. Este cambio de lenguaje le había apenado mucho; pero las cartas de Loulou le hicieron más daño todavía. Del mar, cuyo ruido debía llenar su alma y acompañar como una orquesta su pensamiento, le hablaba poco, y rara vez de los dulces instantes que habían pasado juntos en la Selva Negra, y cuyo recuerdo llenaba todo su sér. Le citaba, por el contrario, los paseos, los conciertos, los bailes del Casino; le hablaba de sus seductores trajes de playa y de salón y de los de las extravagantes parisien-ses, que trataban de eclipsarse mutuamente por el color y la excentricidad de sus trajes, de su continente y de sus modales, y le hablaba, sobre todo, de las relaciones que contraía con UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

y de los triunfos que alcanzaba. Le decía, aparte de eso, en todas sus cartas, cuánto sentía no tenerle á su lado y no poder hacerle participar de su vida. Con frecuencia la carta encerraba una florecilla cualquiera ó una flor de tomillo silvestre que daba, á pesar de todo, cierta profundidad á su frivolidad; otra vez le envió su retrato con estas palabras: «A mi querido Guillermo».

Así, al lado de sus conversaciones epistolares había cosas no expresadas, pero indicadas por dulces símbolos, que alimentaban y fortificaban sus sentimientos. Las contestaciones de Guillermo eran breves y algo desalentadas; la idea de que pasarían por ellas la vista los prosaicos padres de Loulou y de que se leerían necesariamente de prisa por esta última, en medio de sus distracciones mundanas, paralizaba los altos vuelos de sus sentimientos y empujaba su expresión hasta el punto de hacerla trivial. Precisamente por eso fué por lo que gustó un tanto á la señora consejera íntima que se estimaba feliz por tener una correspondencia más y que le escribía casi con tanta frecuencia como Loulou. Encontraba Guillermo en la contemplación del retrato de aquella lindísima figura, con sus hoyuelos picarescos, el placer que no podían causarle las hojas de papel perfumado que recibía de Ostende; únicamente aquel retrato le recordaba todo el encanto de los días que habían pasado juntos en Hornberg.

A fines de Septiembre le informaron que habían abandonado Ostende para pasar quince días en casa de unos amigos de Inglaterra, y por fin, hacia mediados de Octubre le entregó el cartero una mañana un billete de Loulou que llevaba el sello de Berlín; hé aquí la agradable noticia que contenía en su laconismo:

«Mi querido Guillermo: Llegamos esta tarde. No quiero ni descansar antes de comunicárselo á usted. Hasta pronto, lo más pronto posible, ¿no es verdad? ¡Qué contenta estoy! y usted también, supongo. Muchísimas cosas. LOULOU».

Hubiera querido correr en seguida á la calle Lennee; pero las costumbres se interponían entre él y la que amaba, y le indicaban fríamente que se volvían á ver en una gran ciudad y no en un bosque, que la naturaleza no se contaba ya para nada y que debía someterse á las reglas de las conveniencias. En cuanto le pareció permitido llamó á la puerta del consejero íntimo; esta primera visita fué acompañada de impresiones penosas, porque su corazón latía al pensar que iba á volver á ver á la que amaba sobre todas las cosas y que era suya como él era suyo, y al mismo tiempo todo le hacía comprender que no era más que un extraño en la casa. El lacayo vestido de negro que vino á abrirle le miró de arriba abajo, sin cortesía alguna, y le preguntó, dejando la puerta entreabierta, lo que deseaba; Guillermo expuso su deseo de ver á la señora consejera íntima, y le fué contestado secamente que la señora no recibía aquel día. Entró, sin embargo, una tarjeta suya diciendo: «Anuncie usted de todos modos mi visita: me esperan». Sólo entonces el lacayo le hizo entrar en el recibimiento y después de alguna duda, en el salón. Un instante después, es verdad, volvió con una cara completamente distinta, y le suplicó obsequiosamente que le siguiese. Hallóse Guillermo en seguida en un saloncito azul, donde Loulou se adelantó hacia él con un grito de alegría; pero no pudo abrazarla en el primer momento por estar aún allí el criado, y cuando éste salió no tuvo valor más que para besarla la mano.

Todo aquello ya no era la vida del Hotel del Castillo y de los paseos de Hornberg: Guillermo no podía ir más que á las horas de recepción y estaba rara vez solo con Loulou; en estas ocasiones volvían á encontrar el «tú» lleno de ternura; pero disimulaban ante la gente. Apenas si podía abrazarla de vez en cuando en aquellos salones, con espejos traidores, con portiers y tapices ligeros, que ocultaban cuartos próximos, donde siempre había gente. Le invitaban á menudo á comer, y con frecuencia acompañaba á las señoras á la ópera y al teatro; pero todas estas ocasiones no eran favorables para las intimidades que desean dos almas jóvenes y enamoradas. Loulou llevaba lujosos trajes, que le imponían mucho recato; la sociedad era formalista y encopetada; no se podía ser natural ni sincero como en el bosque donde las aves juguetonas y las ardillas despreocupadas daban un ejemplo lleno de gracia peligrosa. Loulou fué la primera que tuvo compasión de la perplejidad en que vió á Guillermo, y trató de buscar un medio para dar á sus relaciones de Berlín el sello de encantadora franqueza que habían tenido al principio. Con pretexto de perfeccionarse en el dibujo, pudo pasar con él horas deliciosas en el salón azul y en el jardín de invierno; sus manos encontraban con frecuencia ocasión de entrelazarse, sus rostros se aproximaban suavemente y tan cerca el uno del otro, que los labios de Guillermo no tenían mucho espacio que recorrer para llegar hasta las mejillas, y aun hasta á los labios de Loulou. Recordando también que se había educado á la inglesa, por lo que había adquirido cierta independencia y confianza en sí misma, emancipándose de la ridícula mojigatería de las jóvenes del continente, iba alguna que otra vez del brazo de Guillermo á dar un

paseo por los barrios de la ciudad que no conocía ó que sólo había atravesado en coche para ir al teatro Federico Guillermo. Durante uno de estos viajes de descubrimiento, como decía con gracia, la vió Pablo por primera vez; les encontró en la calle Real, y aunque pareció extrañarse mucho, quiso hacerse el distraído y hacer como que no les había visto; pero Guillermo le hizo señas de acercarse y le presentó. Los acompañó hasta la casa de ella, y cuando se quedó solo con Guillermo se declaró dispuesto á adorar á aquella hechicera niña, como Guillermo se lo había dicho en su carta de Hornberg; no comprendía cómo Guillermo no había pedido formalmente su mano y no era ya su novio oficial; por qué dejaba pasar el tiempo en este asunto capital; por qué en vez de llevar francamente adelante las cosas, como debe hacer todo hombre enamorado, suspiraba inactivo, agobiado por un malestar que debía forzosamente desaparecer el día en que fuera el novio declarado de la señorita Ellrich.

Guillermo no había dado en seguida explicaciones á su amigo, pero conocía perfectamente el motivo de todas sus vacilaciones; era de una naturaleza reflexiva y contemplativa, inclinada al análisis y demasiado compleja para dejarse arrastrar sin resistencia por una pasión; estaba habituado á citar á sus instintos ante el tribunal de su razón y á intimidarlos por medio de severas preguntas sobre el por qué y el cómo; todavía no veía suficientemente claro en sus relaciones con Loulou. ¿Le amaba ella? Muchos detalles parecían probar que sí; mostraba su contento cuando estaba á su lado, y se manifestaba impaciente cuando se había quedado todo un día sin ir á verla; pero que él no llenaba todo su pensamiento tenía que reconocerlo

al ver que ella pensaba como antes en sus placeres habituales, y que podía hablarle durante una hora entera del teatro, de conciertos, de *soirées* á donde él no la había acompañado, de sus vestidos, de sus vecinos de mesa, sin sentir ni una sola vez la necesidad de interrumpir esta insulsa charla por un beso ó una mirada que le hubiera expresado que no olvidaba su presencia y que en medio de todas estas vanidades era suya en el fondo de su corazón. Y, sin embargo, por otro lado se tomaba un afectuoso interés en todo lo que le concernía; le había pedido un croquis de sus dos habitaciones de la calle Dorotea, para conocer el sitio en que vivía y pensaba en ella; había ido con él á ver desde afuera su casa de la calle de Koch, y había querido visitar la tumba de sus padres. Se veía que estaba orgullosa de él; le refería todos los elogios que la gente hacía de él, de su belleza y de su inteligencia, con la misma satisfacción que si se hubiese tratado de ella propia. Pero todo esto era demasiado superficial, y rara vez experimentaba la sensación de que la llama del amor fundiera completamente en ella la prudente frialdad y el egoísmo mundano.

Y luego, él por su parte, ¿la amaba todo lo que debiera si quería adjudicarse el derecho de ligarla á él por toda la vida? Para él, hombre muy serio y de gran sentido moral, el matrimonio aparecía como una aventura tenebrosa, llena de secretos que aterraban. Era algo grave eso de unir con mano arbitraria dos destinos creados por la naturaleza para desarrollarse separadamente; ¿era posible fundir en una sola pieza estas unidades, de manera que pudieran resistir cualquier embate de la fortuna? Se proponía darse todo entero, no guardar nada para él, ser siempre fiel de alma y de

euerpo; pero, ¿estaba seguro de observar siempre su voto y no sentir jamás el deseo de infringirlo? Ya desde entonces no era siempre feliz al pensar en ella; cierto que su belleza, su gracia; el encanto de su fresca juventud le seducían; cuando oía su voz adorada, cerraba los ojos y se contenía para no arrojarse á sus pies y ocultar su rostro en su regazo. Pero temía, en su sinceridad consigo mismo, que esta atracción que se dirigía á los sentidos no sobreviviera acaso mucho tiempo á la posesión; y la esencia de la naturaleza de Loulou le repelía más bien; jamás una palabra elevada, nunca un pensamiento profundo y amplio, siempre aquel mezquino gusto por las cosas más frívolas y por las apariencias. Decíase á veces que esto dependía de un defecto de educación, de su existencia en medio de gentes sin ideal y bajamente prácticas, y que llegaría á dar profundidad y amplitud á su pensamiento si pudiera llevársela á una isla desierta para vivir en la gran soledad de la naturaleza, entre el cielo y el Océano; que pronto hubiera hecho que se enriqueciera su inteligencia y la hubiera puesto acorde con su propio pensamiento. Pero en seguida temía que ella no aceptara una existencia semejante, que no quisiera renunciar nunca al teatro, á la elegancia, á las *soirées*, á los triunfos mundanos, y bajo la impresión de aquella *soirée* de fin de año, se dijo, lleno de desaliento: «No; la vida de la apariencia la tiene presa por demasiadas fibras: gusta demasiado de las satisfacciones de la vanidad, y nunca podré yo darla lo que es una necesidad para ella y la condición misma de su felicidad». Las reflexiones de Pablo mientras regresaban á su casa encontraban también un eco doloroso en su alma. Uno de los más ricos partidos de Berlín... ¿No se diría que iba en

busca de la dote? Evidentemente él no se preocupaba por la opinión de las gentes y no le permitía ejercer influjo sobre la libertad moral que tenía de hacer lo que aprobaba su juez interno. Pero la misma Loulou, ¿no pensaba quizá ella también que los millones de su padre añadían para él alguna cosa á sus propios encantos? Comprendía que su amor era una debilidad, una concesión para con él mismo, y se atormentaba pensando que ella lo pudiera creer. No era su dinero lo que le atraía; al contrario, constituiría un obstáculo entre ella y él. ¡Ojalá fuera, en vez de una señorita opulenta, una gitana moscovita! ¡Ah, si hubiera sido joven y hermosa como lo era, pero sin instrucción, sin dinero y sin pretensiones, sin conocimiento de las vanidades de este mundo, y, por consecuencia, sin ganas de conocerlas! ¡Qué felices hubieran podido ser entonces!

Estos pensamientos se agitaron en su mente durante largas horas, y no se durmió hasta el momento en que el sol de invierno, poco matinal como es sabido, comenzaba ya á salir, y vino, á través de las cortinas, á iluminar su pálido semblante. El invierno paso rápido y alegre en medio de las distracciones de todo género; para Loulou ninguno fué tan divertido; la temporada teatral era brillante; el tiempo frío permitía patinar durante mucho más tiempo que los otros años y los bailes se sucedían sin interrupción. Guillermo asistió todavía á una ó dos de estas fiestas, y luego se abstuvo, con gran extrañeza de la señora consejera y con gran pesar de Loulou, que gozaba enviándole una sonrisa cuando su mirada pensativa la seguía en medio de las figuras variadas del baile. Aquella mirada la decía que el espectáculo de aquellas frivolidades mundanas le entristecía, y ella parecía

reprenderle por su actitud original y rara: «¿Qué se le ha de hacer? Él es así; ¡ya es sabido que los hombres son muy raros!»

Pablo era de otra pasta; aceptaba todas las invitaciones y recibía muchas. Á cada instante hablaba á Guillermo de sus nuevas relaciones; le hablaba también no poco de la señorita Malvina Mørker, que le parecía ser la mejor amiga de Loulou, y no despuntaba él la menor envidia cuando repetía á Guillermo que la hermosa joven hablaba continuamente de él y que deploraba su ausencia cada vez que no le veía en los saraos de los Ellrich.

El buen tiempo llegaba; fuera de las puertas de la gran ciudad en donde la aglomeración de las casas la impedía penetrar, la primavera triunfaba en los árboles ya floridos del Thiergarten. Los proyectos de viaje para el verano comenzaron á ser la principal ocupación de la buena sociedad. Los Ellrich hablaban de Suiza; Guillermo alababa tímidamente los encantos de la Selva Negra; hubiera querido volver á Hornberg, porque se prometía mucho de la vida común, como la que habían llevado el año anterior; pero continuaba sin hablar de matrimonio y todavía no había dirigido la petición oficial.

A Loulou le parecía aquello singular, y un día hizo una ligera alusión delante de su madre. La consejera íntima acarició á su hermosa niña, la besó en la frente y la dijo:

—Sin duda será por timidez; estimo que hace muy bien dejándote disfrutar durante una temporada todavía de tu libertad de soltera.

—Pero no soy, sin embargo, libre.

—Digo á los ojos del mundo, mi querida niña; sois tan jóvenes los dos, que no perdéis nada de-

jando para un año más tarde los cuidados que acarrea el matrimonio.

Esto le pareció evidente á Loulou.

III

Von Heleden Lobebaeren (1)

En las llanuras alemanas la mies había madurado y sólo aguardaba la hoz del segador; de pronto, una nube sombría, que venía del Oeste, cruzó por el cielo azul de nuestro país, extendiendo la sombra amenazadora de la guerra y llenando de terror á todos aquellos que se aprestaban gozosos á recoger la cosecha. Durante quince días permaneció el pueblo en una alternativa dolorosa, ignorando si debía empuñar la hoz ó la espada; luego se oyó resonar por todos los ámbitos del país el grito del destino, á la vez terrible y libertador: ¡los franceses han declarado la guerra!

Era el 15 de Julio de 1870, un viernes.

A hora avanzada de la noche se supo en Berlín que el embajador francés había insultado al Rey en Ems; que éste volvía á todo prisa á la capital y que era imposible evitar una guerra sangrienta con nuestros temerarios vecinos del otro lado del Rhin. A la caída de la tarde, la avenida de los

(1) Primer hemistiquio del segundo verso de los *Nibelungen*, que significa «Héroes dignos de alabanzas». —(N. del T.)